

rían á tener la ventaja de su número algo superior al de sus adversarios. Pelissier, que había llegado al teatro del combate, se guardó bien de cometer semejante falta. Gortchakof esperó en vano esta ocasión de tomar la revancha, mientras por ambas partes continuaba el cañoneo. Cerca de las dos, el general en jefe ruso mandó por último tocar retirada, y el ejército enemigo desapareció hacia las alturas de Mackenzie.

La batalla tuvo al día siguiente su fúnebre epílogo. Concluyóse una suspensión de armas para enterrar á los muertos. En este combate del 16 de agosto, los rusos, según confesión propia, tuvieron 8.000 hombres fuera de combate, entre muertos, heridos y prisioneros: de sus generales resultaron tres muertos y ocho heridos (1). Las pérdidas de los aliados no fueron tan grandes: los franceses tuvieron 1.551 bajas entre muertos y heridos (2), y los sardos, 28 muertos y unos 160 heridos. Jamás se vieron resultados menos proporcionados á la abundancia de la sangre derramada. La victoria de los aliados no adelantó mucho la caída de Sebastopol; y su derrota, de ser posible, no hubiera salvado á la desdichada ciudad destinada á sucumbir.

Esta jornada no fué, sin embargo, estéril para todo el mundo. Llegados á Crimea en abril, considerados desde luego, más que como tropas independientes, como auxiliares de Inglaterra, los sardos, acampados en el monte Hasfort, habían luchado hasta entonces contra el cólera y no contra el enemigo. En la batalla de Traktir recibieron al lado de las tropas francesas el bautismo del fuego y con su enérgica sangre fría conquistaron dignamente su puesto al lado de sus aliados. Los piamonteses fueron los verdaderamente beneficiados de la jornada del 16 de agosto; comprendieronlo así, y lo divulgaron por Europa á fin de que nadie ignorase su valor y sobre todo sus títulos á la gratitud de sus compañeros de armas. Cuando los partes de las bajas llegaron á Turín, la mayoría se afligieron; pero los más listos se alegraron de un sacrificio tan oportuno y, en suma, no muy grande. «Con esta sangre, decían, se forma Italia.»

IX

«Si—como no espero mucho—la fortuna me favorece, procuraré sacar partido de nuestras victorias; en el caso contrario, habrá que resignarse á la voluntad de Dios.» Así se expresaba Gortchakof en el momento de librar la batalla de Traktir (3).

Esta voluntad divina que los rusos aceptaban con tan viril resignación, se esforzaban aún en prevenirla ó al menos en retrasarla. Estrechados cada vez más por el enemigo, perfeccionaban con paciencia sus atrinchamientos interiores. Llegada la noche, algunos intrépidos voluntarios se deslizaron fuera de las murallas, tratando de sorprender á los sitiadores y de interrumpir la construcción de sus caminos cubiertos. Algunos golpes afortunados reconfortaron los ánimos: durante del 28 al 29 de agosto, una bomba lanzada desde la Estrella Grande incendió los dos almacenes de pólvora de la

(1) Todleben, tomo II, segunda parte, pág. 134.
(2) Parte del general Pelissier (*Monitor* del 29 de agosto de 1855).
(3) Todleben, *Défense de Sébastopol*, tomo II, segunda parte, página 80.

Colina Verde y provocó una explosión que causó más de 140 víctimas entre muertos y heridos; al día siguiente, estalló un depósito de bombas en las posiciones inglesas; el 31 de agosto, voló otro depósito de proyectiles en la bahía del Carenaje. En aquel período supremo, el trabajo de las minas era el principal cuidado de los rusos, y á él se aplicaban con ardor, estimulados por Todleben. El ilustre jefe de ingenieros, que se reponía lentamente de su herida, se hallaba aún en la ambulancia de Belbek, desde donde multiplicaba sus instrucciones; pero no siempre eran ejecutadas al pie de la letra, ya porque las órdenes dadas de lejos fuesen difíciles de cumplir, ya porque la fuerza misma de las cosas impidiera su estricta ejecución.

Es que, á pesar de su valiente obstinación, los sitiados se sentían cada vez más débiles. Después de haber empleado toda la noche en reparar sus cañoneras ó sus polvorines, algunos cañonazos bastaban para destruir todo su paciente trabajo. Pronto les faltaron materiales para aquellas reparaciones, y, en cambio, cada mañana notaban un nuevo progreso de los sitiadores; en vano, á la salida del sol, apuntaban sus cañones contra las obras avanzadas de los zapadores; raramente llegaban á destruirlas. En cambio sufrían enormes pérdidas. Del 17 al 21 de agosto, época en que los aliados activaron su fuego, los rusos tuvieron cerca de mil bajas diarias, entre muertos y heridos. Los sitiados designaban ciertas fortificaciones avanzadas con nombres que revelaban sus terrores y sus iras: así es que á la Estrella Pequeña la llamaban *el baluarte del Infierno, el bastión de la Carnicería, el Batón* (4). En peligro tan extremo, lo único que les sostenía era la presencia de los jefes que á todos daban el ejemplo del desprecio de la muerte. Un día en que arreciaba el bombardeo, se vió á Gortchakof recorrer lentamente las murallas, acercarse á los soldados de línea y á los artilleros, darles las gracias en nombre del zar y arrancar todavía algunas aclamaciones á aquellos corazones llenos de abnegación y de fidelidad. Sin embargo, él no abrigaba ninguna de las ilusiones que procuraba mantener en los demás. «No hay nadie que no califique de locura la idea de prolongar la defensa,» escribía el 24 de agosto al ministro de la Guerra. A fines del mismo mes tuvo el pensamiento de abandonar la parte Sur de Sebastopol y consultó á Todleben sobre este proyecto; pero después cambió de parecer. «Estoy resuelto, escribió el 1.º de septiembre, á continuar defendiendo á toda costa la parte Sur todo el tiempo posible, pues es la única salida honrosa que nos queda (5).

Entre los aliados, las disposiciones eran muy distintas. Ya nadie se acordaba de la derrota del 18 de junio. La victoria de Traktir, la relación de los sufrimientos rusos que llegaba hasta nuestros vivaques, el mejoramiento del estado sanitario, la hermosura de la estación, la continua llegada de refuerzos, todo contribuía á levantar los ánimos. A fines de agosto, el adelanto de los trabajos de ingeniería y el desarrollo extraordinario de nuestra artillería fortalecieron la confianza al extremo de convertirla en alegre certeza. La construcción de caminos cubiertos continuaba á través de los glacia; los

(4) Todleben, *Défense de Sébastopol*, tomo II, segunda parte, página 155.
(5) Todleben, *Défense de Sébastopol*, tomo II, segunda parte, página 165.

parapetos eran reforzados, y las plazas de armas, destinadas á ser el punto de partida de las columnas de ataque, estaban preparadas. El 1.º de septiembre sólo 25 metros nos separaban de Malakof, 40 de la Estrella Pequeña, 50 del bastión del Asta y 70 del baluarte Central (1). Sitiadores y sitiados casi se tocaban: hubieran podido hablarse, y en los intervalos de silencio se mezclaba y confundía el ruido de sus picos y azadas. Los ingleses se hallaban todavía á 200 metros de la Estrella Grande; pero, según decían, la naturaleza roqueña del suelo no les permitía avanzar más sus caminos cubiertos. Hasta, á juicio de las personas á quienes más había asustado el fracaso del 18 de junio, parecía haber llegado el momento del gran asalto. Diferirlo sería aumentar el número de las bajas, sería sobre todo dar á los rusos el tiempo de completar sus trabajos de mina. Esta última consideración no dejaba de ser importante, no sólo porque el peligro era real, sino porque aquel peligro misterioso impresionaba mucho la imaginación de los soldados; éstos, en sus conversaciones bajo las tiendas, se preocupaban de las explosiones subterráneas que seguirían á la toma de la plaza, y su alma, aguerriada contra todos los obstáculos visibles, se turbaba á la idea de aquellos siniestros artificios que serían la última venganza de los rusos desesperados.

El 3 de septiembre celebróse un consejo de guerra que revistió singular solemnidad. Pelissier, que después de su derrota se había vuelto muy prudente, hubiera querido aplazar aún más el asalto. Se anunciaba la próxima llegada de 400 morteros, y el general en jefe deseaba diferir el ataque decisivo hasta el desembarco de estas nuevas piezas. La opinión unánime se pronunció contra toda dilación. Resolvióse que el bombardeo empezaría el 5 de septiembre y que el 8 al mediodía se daría el asalto. La acción no se anunciaría, como el 7 y el 18 de junio, por medio de cohetes ni ninguna otra señal visible, sino que los relojes serían puestos en hora en el cuartel general á fin de asegurar para el instante convenido la más precisa ejecución. A las doce en punto las columnas de ataque habían de lanzarse contra Malakof y la Estrella Pequeña; tan pronto como ondease la bandera francesa sobre Malakof, los ingleses abordarían la Estrella Grande, al mismo tiempo que por la parte de la ciudad se daría el asalto al baluarte Central y al bastión del Asta. La acción, por consiguiente, había de ser general, abarcando el arrabal y la ciudad, á excepción del baluarte de la Cuarentena: sin embargo, no se extendería á toda la línea, como nuestras tropas no diesen al conjunto de las operaciones una primera probabilidad de éxito con la toma de Malakof. Para dirigir el ataque de esta fortaleza, el general en jefe eligió un oficial general, joven todavía, valiente entre los valientes, recién llegado de Africa y destinado á recoger los más hermosos laureles de aquella guerra cuyas largas angustias y crueles sufrimientos no había conocido; éste era el general Mac Mahón.

Los tres últimos días del sitio siguen todavía grabados con indelebles rasgos en la memoria de los rusos. El 5 de septiembre, desde que amaneció, 814 piezas de artillería francesas é inglesas (2) aplastaron bajo una

(1) *Journal des opérations du génie*, pág. 416.—*Journal de l'artillerie*, págs. 403 y 404.
(2) *Journal des opérations du génie*, pág. 422.

verdadera lluvia de metralla á la desdichada ciudad. El fuego ora se extendía á toda la línea, ora cesaba delante de la ciudad, para redoblar delante de Karabelnaia: en otros momentos disminuía delante del arrabal para reanudarse á la izquierda con todo su vigor. Según escribió el príncipe Gortchakof en sus partes, aquello era un *bombardeo infernal*. Malakof y la Estrella Pequeña tenían el privilegio de atraer el principal esfuerzo; había momentos en que todos los morteros se concentraban sobre estos dos fuertes, á fin de hacerlos inhabitables, á fin de destruir hasta los abrigos blindados en que la guarnición se hallaba agazapada. Los efectos fueron terribles. En la Estrella Pequeña, durante esta jornada, la guarnición, compuesta de 600 hombres, tuvo 200 muertos ó mortalmente heridos. Al principio, la plaza contestó al fuego con energía, pero pronto tuvo que disminuir el fuego: las baterías de la Punta fueron las únicas que no cesaron de contestar: lo mismo hicieron las baterías del Norte; pero, en razón de su gran distancia, sus proyectiles eran poco peligrosos. Pasóse la noche para los rusos en reparar á toda costa sus brechas; por nuestra parte el cañoneo continuó, y no sin una precisión cruel, pues á intervalos los resplandores de los incendios guiaban á nuestros puntadores casi con tanta seguridad como la luz del día.

El día 6 se repitieron las mismas escenas lúgubres. Para mejor desconcertar al enemigo, el tiro disminuía en ciertos momentos al extremo de cesar: entonces los rusos, creyendo en un asalto inminente, hacían avanzar sus reservas; y cuando éstas se hallaban á tiro, las baterías aliadas renovaban su fuego acribillándolas de balas.

El 7 de septiembre era el aniversario de la batalla de la Moskowa: los sitiados esperaban aquel día un ataque, y su vigilancia redobló. Pero espanta lo que costó á los sitiados aquella resistencia desesperada: en las tres jornadas de bombardeo, los rusos tuvieron 7.500 bajas entre muertos y heridos (3). Malakof no podía reparar sus averías. La Estrella Pequeña ofrecía un espectáculo indescriptible: estaba llena de heridos que no era posible transportar á la ambulancia, á causa de la violencia del fuego: aquellos infelices yacían en medio de sus compañeros, á quienes esperaba sin duda igual suerte y que les contemplaban con esa insensibilidad pasiva que nace del exceso de sufrimiento. A la caída de la tarde los incendios, cada vez más numerosos, imprimieron á aquellas escenas de desolación una especie de grandioso horror. Cerca de las cinco, la fragata *Koverna*, acoderada en la rada y cargada de barriles de alcohol, se incendió de pronto: á las diez, detrás del bastión del Asta, aparecieron grandes llamas; era todo un barrio de la ciudad que ardía: á las once, en fin, cerca del muelle de *Grafaskaia*, dos embarcaciones cargadas de pólvora se incendiaron haciendo explosión. Esta pólvora estaba destinada á cargar las minas practicadas en Malakof; y en la confusión del momento nadie se acordó de reemplazarla en seguida. Aquellas llamaradas inmensas, ora lívidas, ora rojizas y como ensangrentadas, iluminaban con reflejos fantásticos el mar y las montañas, la ciudad y los campamentos. Al ter-

(3) Todleben, *Défense de Sébastopol*, tomo II, segunda parte, página 191.

minar la noche el horizonte ardía aún por todas partes, y aquellos siniestros resplandores lucharon largo tiempo con los fulgores de la aurora, que iba á alumbrar el último día de Sebastopol.

X

Los planes de ataque no se tuvieron tan secretos que muchos rusos no los adivinasen ó presintiesen. En la tarde del 7 de septiembre, Bosquet reunió en su tienda á los generales del 2.º cuerpo, anunció el próximo asalto y distribuyó á cada cual su tarea: ciertas confianzas necesarias, hechas á los Estados mayores, divulgaron también algo la gran noticia. Así es que el 8 de septiembre, mucho antes de que amaneciera, reinaba extraordinaria animación en los campos. Todo el mundo deseaba la batalla, con la esperanza de vencer y sobre todo por impaciencia de acabar. La alegría, sin embargo, era grave y llena de emoción. La noche que terminaba había sido empleada por muchos en escribir á los que habían dejado en Francia, y á través de la animación afectada para tranquilizar á los deudos, podían distinguirse fácilmente las ternuras de un adiós. Bajo la doble impresión de bélica alegría y de recogimiento viril empezó aquella jornada que para muchos había de ser la postrera.

En los vivaques se activó el desayuno. Al terminar éste, una orden del día del jefe del 2.º cuerpo notificó oficialmente á los soldados el supremo esfuerzo que se esperaba de su valor. A las ocho, las tropas abandonaron sus campamentos y fueron conducidas hacia las trincheras. La división Dulac, apoyada por la brigada de Marolles, había de abordar la Estrella Pequeña; la división La Motterouge había de asaltar la cortina entre la Estrella Pequeña y Malakof; y la división Mac Mahón, sostenida por la brigada Wimpfen, había de tomar la propia Malakof y mantenerse á toda costa en ella. La división de la guardia imperial estaba escalonada de reserva.

A nuestra izquierda, los ingleses estaban también preparados, y ya dos de sus divisiones se disponían á bajar á las paralelas para marchar contra la Estrella Grande á la primera señal.

Por la parte de la ciudad no era menor el despliegue de fuerzas. Allí empezaba á reunirse la división Levaillant, encargada del ataque del baluarte Central; detrás de ella se concentraba la división de Autemare, la cual, una vez tomado este baluarte, se lanzaría detrás de la división Levaillant y envolvería el bastión del Asta. Para reforzar por este lado los efectivos, se había apelado á las tropas sardas, y la brigada Cialdini subía ya las vertientes de la meseta de Quersoneso y se encaminaba hacia nuestros campamentos. La división Bonat formaba reserva á los ataques de la izquierda, como la guardia imperial á los ataques de la derecha.

La toma de armas era, pues, general y, para que nada faltase, se había transmitido al cuerpo de observación la orden de rechazar toda diversión procedente del exterior. Los turcos, los hombres de guardia en Kamiesch, los heridos y los enfermos eran los únicos que no tenían papel en aquella gran jornada. Sin embargo, varios convalecientes se escaparon de la ambulancia y, á pesar de sus fuerzas mal restablecidas, acudieron á su regimiento. Nubes espesas y errantes obscurecían el cielo á inter-

valos, y un viento huracanado soplaba del Noroeste barriendo la meseta de Quersoneso. La mar era tan gruesa que las escuadras tuvieron que permanecer en sus fondeaderos, sin poder abrir su fuego contra las fortificaciones de la rada, conforme al plan general. El contratiempo redundó en ventaja, pues el viento producía tales torbellinos que las nubes de polvo, unidas al humo del bombardeo que continuaba, ocultaron á la vista de los sitiados los insólitos movimientos de nuestras tropas. Los defensores de Sebastopol no se enteraron del peligro hasta que recibieron un aviso del príncipe Gortchakof, que desde lo alto de las colinas situadas en la margen derecha del Tchernaiá había notado la concentración de varias de nuestras divisiones. Después de las espantosas pérdidas de los días anteriores, los rusos no se atrevían á descubrir sus reservas en vista de un ataque que quizá sólo era fingido. Habiéndose desarrollado el cañoneo con igual furia, ya contra la ciudad, ya contra Karabelnaia, acabaron los sitiados por no saber dónde se realizaría el principal esfuerzo. Una circunstancia les acababa de desconcertar. Esperaban que el enemigo daría el asalto, ó bien al amanecer como en 18 de junio, ó bien á la caída de la tarde como el 7 del mismo mes: á nadie le parecía verosímil un ataque en pleno día, y la elección de la hora no fué una de las menores habilidades de los aliados.

Sorprendidos ó no, los rusos, á pesar de las brechas de sus muros y de sus terribles pérdidas, no eran menos temibles. La guarnición había cubierto sus bajas con batallones de marcha ó con legiones de milicias. Además, y no obstante la gran penuria de hombres, habían llegado algunos regimientos del interior del Imperio, último recurso disponible. Contando los artilleros y los marinos, Sebastopol aún poseía unos 48.000 defensores, 23.000 de los cuales, al mando del teniente general Khroulef, constituían la guarnición del arrabal de Karabelnaia. A pesar del gasto de las jornadas anteriores, la artillería disponía de importantes municiones que no tenía necesidad de economizar. Aunque los jefes no se hacían ilusión alguna sobre la suerte de la ciudad, tenían empeño en engrandecer su suprema defensa. Los más furiosos se sentían alentados por la idea de que las explosiones de las minas harían volar á los invasores apenas asaltados los muros y confundirían á rusos y franceses en un mismo fin trágico. «Nuestros funerales se celebrarán en el cielo,» decían los soldados moscovitas. La Providencia, más clemente que los hombres, hizo fallar, en parte al menos, aquellos cálculos del fanatismo. Ya hemos dicho cómo, en la noche del 7 de septiembre, un incendio devoró la pólvora destinada á tan lúgubre empleo. El día 8, cerca ya de las diez, transportaron nueva pólvora á Malakof para cargar los hornillos de las minas; pero la violencia del bombardeo no dejó acabar la operación. Sólo fueron cargadas las minas de la Estrella Pequeña (1).

A las once y media, todos los batallones de ataque ocupaban las trincheras delante de Karabelnaia. Pelissier, rodeado de su Estado mayor, se había instalado en la Colina Verde. En la sexta paralela se hallaba Bosquet, atento á todo é imponiendo en derredor suyo

(1) Todleben, *Défense de Sebastopol*, tomo II, segunda parte, páginas 177-180, 186-190, 194.



ASALTO DE MALAKOFF POR EL 1.º DE SEPTIEMBRE DE 1855. Cuadro de León Couturier